

LA OPOSICION AUSENTE

La oposición no es un fenómeno patológico sino natural en cualquier régimen político. Es obvio que no todos tienen la misma manera de ver las cosas de la ciudad —o de la sociedad— ni de proponer fórmulas o soluciones propiamente políticas —es decir— pensadas y dirigidas al bienestar de la "polis". Es tan propio de una situación y de la vida de una sociedad política la existencia de la oposición dentro del régimen, como digna de atención la constatación de su ausencia.

Hay varias maneras de ser opositor. Se puede concebir la oposición a una política determinada, cuyo cambio se considera sustancial y como la condición para suscitar la adhesión a un gobierno. Se puede proponer el cambio del personal político del régimen, y en ese caso el opositor se presenta como una fórmula de recambio, sin que —quizás— plantee diferencias sustanciales con la política general que el gobierno representa. Se puede entender, también, que se discrepa con dicha política general, y exponerse como opositor sin sugerir cambios estructurales ni en lo político, ni en lo económico, ni en lo social, pero sí en cuanto al programa de gobierno que tal política supone. Y es posible plantear la oposición frontal, que pone en cuestión todo aquello, porque en rigor juzga inadecuadas las estructuras donde la política actúa.

En todo caso, puede decirse que las tres primeras formas aceptan el régimen y discuten políticas, personas o programas, y la última cuestiona el régimen mismo, y con él los programas, las personas y las políticas. Aquéllas son oposiciones refor-

mistas. Esta, oposición revolucionaria.

Cuando el régimen político se halla claramente perfilado y las reglas de juego son suficientemente conocidas, es más fácil clasificar a la oposición en reformista o revolucionaria. Incluso es más sencillo exhibirse como opositor y aglutinar voluntades en torno de alternativas diferentes de las que el gobierno expone o significa.

La situación argentina es suficientemente compleja como para dificultar la definición del régimen y encontrar a sus opositores. Es cierto que la estructura de poder que el estado supone, desde cierta perspectiva por lo menos, está ocupada básicamente por las fuerzas armadas y sus representantes civiles y militares.

Pero es cierto también que la autoridad del Presidente es apenas discutida dentro de dicha estructura que, a partir de mediados de este año, ha clarificado un tanto la especialización de ciertas funciones y la ubicación de los protagonistas. El Presidente reúne, pues, toda la capacidad de decisión necesaria para desempeñar su rol y todo el poder que es preciso para consolidarlo. Una autocracia cívico-militar y cuasi liberal, apoyada en una suerte de gobierno de coalición y en la fuerza, disciplina y adhesión del ejército y la subordinación de las fuerzas armadas, implica una aproximación al perfil del régimen.

La complejidad y profundidad de la crisis política explica, sin embargo, la ausencia de una oposición organizada. Y ello por dos motivos fundamentales. En primer lugar, la profundidad de la crisis quedó demostrada por

la escasa capacidad de reacción mostrada por los dirigentes políticos profesionales frente al desbarajuste producido por el movimiento del 66. Julio Cueto Rúa, siguiendo en lo fundamental los lineamientos de un esquema político presentado por la revista "Criterio" en un editorial del año en curso dando pautas para la reorganización constitucional del país, comienza su esquema de plan político a partir de aquella constelación a partir de aquella constatación.

Tanto el radicalismo, como el peronismo, los socialistas, los democristianos y los conservadores fueron sorprendidos en plena crisis interna disimulada por la vigencia formal del sistema. Para muchos dirigentes lo sucedido alivió su responsabilidad. Para otros, dio motivo para reacciones más o menos retóricas que cayeron en el vacío. Desde ese momento, puede decirse que las fuerzas políticas se ensimismaron para la autocrítica necesaria, o se situaron en frente del gobierno revolucionario. De tal modo, los que se sintieron llamados a la autocrítica y la reorganización dieron al gobierno surgido en el 66 una larga "vacación política" opositora, y se replegaron. No se constituyeron, pues, en franca oposición. Otros, retornaron a las prácticas "golpistas" de otrora, sin éxito aparente debido a la visible resistencia del factor militar. En todo caso, parece claro que los factores de poder son propicios para los movimientos golpistas cuando no tienen acceso ni participación activa en la elaboración de decisiones, pero que son más reticentes cuando no necesitan ganar el poder, porque están en él o muy cerca de

él. Y hay terceros, por fin, que plantean una verdadera oposición revolucionaria, sea porque consideran que la "revolución que anunciaron" todavía no se produjo —como algunos sectores nacionalistas de derecha— o porque alientan estilos e ideologías revolucionarias que poco o nada tiene que ver con lo que ocurrió —como algunos sectores de la izquierda comunista o, con más vigencia intelectual, de la izquierda nacional.

En segundo lugar, la ausencia de una oposición organizada y eficiente, revolucionaria o no, se explica por la resistencia de algunos viejos dirigentes a dejar la arena política para que juegue su porvenir la sangre nueva. A juzgar por los personajes que circularon a propósito de una tentativa de subversión no definida ni concretada, es posible acertar con una de las causas de la fuerza política del Presidente: la asombrosa to-

zudez de algunos viejos políticos, ideólogos o militares retirados que como las tropas en la ópera Aída aparecen y reaparecen en escena como si constituyesen legión, o como si el tiempo las críticas vertidas antes y ahora, y el escepticismo popular no hubiesen ocurrido para ellos. La oposición está ausente, también, porque buenos dirigentes no tienen todavía vigencia.

Carlos Temple

HORAS DE CRISIS, TIEMPO DE MESIAS

La aparición de George Corley Wallace —uno de cada seis votos el 5 de noviembre— en el horizonte electoral norteamericano, marca un momento crucial en el panorama político de los Estados Unidos. Desde siempre, la estabilidad del sistema democrático norteamericano jugó sobre un supuesto esencial: el predominio de las tendencias moderadas sobre los extremismos. Los republicanos controlando los desbordes de la derecha y los demócratas los de la izquierda formaban, así, una entente a la que adherían por encima del enfrentamiento electoral.

Ese entendimiento tácito constituye, por otra parte, el secreto de la estabilidad política de cualquier parte y funciona mientras se mantenga alejados del poder a los extremistas, esto es, a quienes intentan cambiar no sólo el elenco de los que gobiernan sino al sistema político por entero.

Las horas de crisis son el tiempo de los mesías, y mientras en la bonanza es el centro quien canaliza sin dificultad las adhesiones, la gente recurre a los extremos cuando las dificultades parecen insalvables. La guerra de Vietnam, la impaciencia de los negros, la rebeldía y la apatía de los jóvenes, han puesto a la sociedad norteamericana frente a falencias esenciales, y al sistema político que no pudo resol-

verlas, frente a una crisis de legitimidad.

El repentino apogeo de Wallace, de Eugene McCarthy, sólo se explica de esa manera. McCarthy idealizando la rebelión juvenil, el repudio a la guerra y las premoniciones del mundo que vendrá. Wallace, exacerbando el odio racial, el temor conservativo y los privilegios de un mundo que ya pasó. El primero intentó la vía partidaria y, derrotado en las elecciones, se retiró a las universidades, a los laboratorios, a las bibliotecas, con los estudiantes, a la espera del futuro. El segundo, ignorando las convenciones se lanzó a una desesperada cabalgata extrapartidaria hacia el rescate del pasado. En el medio, recelados por los temerosos y despreciados por los idealistas, Nixon y Humphrey compitieron oscuramente por la carrera presidencial más opaca que se recuerda.

El aluvión de Wallace —logró anotarse en los cincuenta Estados de la Unión— no puede, por eso, llamarnos la atención. La desaparición de Eisenhower, el fracaso de Rockefeller, la fragilidad final de Lindsay y Romney, indican algo más que un mero endurecimiento de la derecha republicana. Estamos ante el movimiento reaccionario más profundo y extendido desde los tiempos de Joseph McCarthy.

Así como se puede obtener

adhesiones para la izquierda ofreciendo a los desposeídos lo que anhelan omitiendo prevenirlos del sudor y los esfuerzos que costará, es posible deslumbrar a las clases medias satisfechas con la ilusión de la energía y el espejismo de la seguridad. Wallace significa el retorno a un profetismo tosco y elemental. En su visión de las cosas, el mundo está ya dividido entre buenos y malos. Como en el far west, unos todos de un lado y otros todos del otro. Promete dureza con el adversario, mano fuerte con el tutelado y privilegio para los intereses nacionales. Presenta a los Estados Unidos como una superpotencia hastiada de quimeras. Oferta el espejismo aliviante de la "victoria total" y asegura poder rescatar a su pueblo de la incertidumbre angustiante de la guerra fría y el equilibrio termonuclear. Su programa es una terapia apropiada para electores atemorizados. Fáciles remedios para fáciles problemas. Sin esfuerzos. Sin tensiones. Sin fastidiosas vigiliias. Como Goldwater hace cuatro años, exhibe el cebo engañoso del regreso a los años felices en que los Estados Unidos no tenían otra tarea que la de expandirse ni otro horizonte que la prosperidad. Es una ilusión aliviante. Es, también, el rechazo de un gran pueblo a la azarosa responsabilidad del liderazgo.